

LORNE L. DAWSON (ed.), *Cults and New Religious Movements. A Reader* (Malden: Blackwell 2006) 297 pp. ISBN: 1-4051-0181-4

En estos últimos años están siendo publicados diversos manuales generales y repertorios de textos en torno al fenómeno sectario o, como suele denominarse en los ámbitos académicos anglosajones –generalmente desde la sociología–, la cuestión de los nuevos movimientos religiosos (NMR). Aquí justamente podemos enmarcar este volumen, en el que Lorne L. Dawson reúne diecisiete trabajos de una cierta importancia, elaborados por autores de peso en esta materia, para ofrecer una panorámica general que, dicho sea ya desde el comienzo, es bastante amplia y completa. Todas las colaboraciones han sido publicadas con anterioridad, por lo que ningún texto se publica aquí como inédito, a excepción de las introducciones. En la introducción general se presenta el tema como algo fascinante y extraño en una sociedad secularizada y religiosamente mediocre, algo que suscita la curiosidad y que incluso parece ser más “auténtico” y exigente que lo religioso “corriente”. Dice que hay mucha ignorancia sobre estos grupos, y por eso una de las intenciones del libro es corregir la percepción errónea difundida por los medios de comunicación.

Cada apartado del libro está provisto de una breve introducción del editor para presentar el tema tratado por las colaboraciones seleccionadas. El primer texto (“The Scientific Study of Religion? You Must Be Joking!”) es de la socióloga Eileen Barker, que enmarca el estudio de las sectas en la disciplina de la sociología de la religión, comparando esta perspectiva con otras y observando los choques entre ellas. El segundo estudio (“The Continuum Between ‘Cults’ and ‘Normal’ Religion”), más breve, está firmado por el sociólogo James A. Beckford, y trata la “demonización” que se ha hecho de estos grupos por parte de la opinión pública, cuando según él, si se miran sin prejuicios ideológicos, no hay nada que los distinga en términos religiosos de los grandes movimientos establecidos.

Los aspectos descriptivos más generales son el contenido del segundo apartado, que incluye un trabajo ("Three Types of New Religious Movements") en el que el experto Roy Wallis presenta su conocida tipología de las sectas según cómo sea su relación con el mundo: rechazo, afirmación o acomodación; y William Sims Bainbridge y Rodney Stark explican en su colaboración ("Cult Formation: Three Compatible Models") que una buena manera de conocer a los NMR es estudiar su modo de surgimiento, que presentan bajo un triple modelo de "innovación sectaria": el psicopatológico, el empresarial y el de evolución subcultural. El tercer apartado del libro pretende situar las sectas en su contexto histórico y social para poder así comprender su presencia actual. Recoge un artículo ("False Prophets and Deluded Subjects: The Nineteenth Century") de Philip Jenkins, que analiza la situación de nacimiento de varios NMR y de la polémica consiguiente en los EE.UU. del siglo XIX. En la misma línea, Robert Wuthnow dedica su estudio ("The New Spiritual Freedom") a los cambios socioculturales que hicieron de la década de los 60 del siglo XX otro momento eje en el surgimiento de la nueva religiosidad.

En el apartado cuarto se trata el tema crucial de la entrada en estos movimientos, pretendiendo saltarse los estereotipos negativos que se dan con mucha frecuencia, y que son reforzados por los medios de comunicación. Para exponer "el proceso por el cual alguien se convierte a un NMR contemporáneo, el perfil social de tales conversos y sus posibles motivaciones psicológicas" (p. 114), el mismo editor firma un artículo ("Who Joins New Religious Movements and Why?: Twenty Years of Research and What Have We Learned?") en el que expone de forma muy resumida las conclusiones a las que se ha llegado en el estudio sobre la entrada en las sectas, y después el psiquiatra Saul Levine ("The Joiners") ofrece nueve perfiles tipo de conversos a estos movimientos, basándose en su experiencia de intervención clínica con ex-adeptos. Ambos autores desechan las anomalías psíquicas como causa de entrada, y presentan un perfil de personalidad "normal".

El siguiente apartado se plantea en continuidad con el anterior, y está dedicado a la controversia sobre el lavado de cerebro, que aparece estudiada en tres colaboraciones. La primera ("The Process of Brainwashing, Psychological Coercion, and Thought Reform") está a cargo de Margaret Thaler Singer, partidaria de la tesis de estas técnicas de control mental en las sectas, opinión que no convence al editor, como él mismo aclara. El sociólogo James T. Richardson ("A Critique of 'Brainwashing' Claims About New Religious Movements") critica este argumento de las técnicas de manipulación, y en la misma línea Thomas Robbins mantiene en su artículo ("Constructing Cultist 'Mind Control'") que los partidarios y detractores del lavado de cerebro no pueden zanjar su debate por moverse en ámbitos diferentes, con bases epistemológicas distintas.

El sexto apartado del libro aborda la relación de los NMR con la violencia, refiriéndose en concreto a los tristemente famosos episodios de “suicidios colectivos” (siendo bastante dudoso el término suicidio) del Templo del Pueblo en Jonestown (1978) y de la Orden del Templo Solar en Suiza, Canadá y Francia (1994, 1995 y 1997), tratados respectivamente en los estudios de John R. Hall (“The Apocalypse at Jonestown”) y de Jean-François Mayer (“Our Terrestrial Journey is Coming to an End: The Last Voyage of the Solar Temple”). El séptimo apartado aporta una perspectiva tan de moda ahora como es el estudio “de género” sobre la situación de las mujeres en los NMR, con una colaboración de Elizabeth Puttick (“Women in New Religious Movements”), y otra a cargo de Susan J. Palmer (“Women’s ‘Cocoon Work’ in New Religious Movements: Sexual Experimentation and Feminine Rites of Pasaje”).

La última parte del libro plantea la situación de las sectas ante el futuro. El sociólogo Rodney Stark analiza en su estudio (“Why Religious Movements Succeed or Fail: A Revised General Model”) el crecimiento de algunos grupos determinados para plantear cómo se configurará este fenómeno en los próximos tiempos, y el editor firma junto con Jenna Hennebry la última colaboración (“New Religious Movements and the Internet: Recruiting in a New Public Space”), sobre el tema – que actualmente está siendo muy estudiado – de la presencia sectaria en el ciberespacio.

Como ya se indicó al comienzo, se trata de una obra bastante completa, que cumple bien su función de manual para el análisis del fenómeno sectario en sus generalidades. Sí hay que observar que la orientación es eminentemente sociológica, y por ello pretende una neutralidad con los grupos objetos de estudio que en algunos momentos puede no tener en cuenta una necesaria perspectiva crítica con muchos aspectos que son más que discutibles. Los trabajos recogidos tienen una calidad reconocida, y quizás hubiera sido más apropiado sustituir algunos ya demasiado “clásicos” – por su antigüedad – por estudios más recientes.

Luis Santamaría del Río

D. G. HART, *Deconstructing Evangelicalism. Conservative Protestantism in the Age of Billy Graham* (Grand Rapids: Baker Academic 2005) 224 pp. ISBN: 0-8010-3118-4

El presbiteriano Darryl G. Hart, autor de varios libros sobre el protestantismo norteamericano y profesor en el Intercollegiate Studies Institute de Wilmington (Delaware, EE.UU.), se acerca en esta ocasión al fenómeno tan importante del evangelismo en su país, tema

sobre el que versa otro libro que ya he comentado con anterioridad, pero “desde dentro” (*The Evangelical Moment*, de K.J. Collins, cf. *Diálogo Ecuménico* 126 [2005] 247-251). Traduzco los términos *evangelicalism* y *evangelical* por evangelismo y evangélico, respectivamente. Hart plantea su óptica crítica – para con lo histórico y lo teológico – ya en el prefacio: “es curioso que el movimiento evangélico en los Estados Unidos es tan opresivo que puede reivindicar incluso a aquellos que no quieren pertenecer a él. [...] Si mi denominación no es miembro de la Asociación Nacional de Evangélicos, si no dono a la Asociación Evangélica Billy Graham, si no leo *Christianity Today* para la edificación, y si me niego a poner un medallón *ichthys* en mi coche, ¿por qué me consideran evangélico?” (p. 10).

La introducción enmarca lo que es un fenómeno propio de los EE.UU. (el nuevo “protestantismo conservador”) en todas las esferas de la sociedad, sobre todo a partir de 1980, cuando ya estaba totalmente constituido, y con una gran consistencia política (presidente Reagan) y mediática (telepredicadores). Sin embargo, desde la reflexión teológica e histórica empezaron a aparecer críticas, pues muchos autores se preguntaban “si el evangelismo tenía alguna sustancia más allá de las afirmaciones vagas y entusiastas sobre una relación personal con Jesús” (p. 15). Hart plantea una solución radical, que no consiste en modificar teología o praxis, puesto que “es necesario renunciar al evangelismo como una identidad religiosa porque no existe” (p. 17), es sólo algo ideal, sin consistencia real. Éste es el propósito del libro, tal como lo recoge el título: deconstruir el evangelismo, cuestionando toda la literatura que parece sustentarlo. De hecho, se trata de un término que comenzó a emplearse como algo distinto del protestantismo histórico y corriente sólo a partir de 1950, pues antes se identificaban ambos conceptos (como se hace hoy en castellano corrientemente, al menos en España, ya que en Iberoamérica la terminología – y la realidad – está muy influida por sus vecinos del norte continental). Además, se intentaba con esta expresión evitar la de “fundamentalismo”, apropiada en tanto que se habían quedado con la oposición al modernismo de la primera mitad del siglo XX, pero que los evangélicos rechazaban por considerarse los verdaderos creyentes, convertidos a Jesucristo y sucesores de san Agustín y la Reforma.

La primera parte de la obra pretende analizar la construcción académica del evangelismo en los últimos veinticinco años. En el capítulo 1 el autor hace un repaso de los autores y obras principales, seleccionando entre una abundante bibliografía sobre los “cristianos renacidos” (*born again*) en la sociedad norteamericana, aunque se remonta a libros que tratan el fenómeno desde los años 5, equiparándolo normalmente con el revivalismo. El proceso llevó a que en los años 80 “el evangelismo era difícil de evitar en el estudio de la religión americana” (p. 48). Los estudios incluían dentro de este con-

cepto a los defensores de la autoridad e inerrancia de la Biblia, la divinidad de Cristo, el carácter pecador del hombre y su salvación por la fe en personal en Cristo, la vida transformada por la conversión y la importancia del evangelismo, por lo que se hizo algo con bastante extensión y con poca precisión. Como ejemplo de esta tendencia pone, entre otras obras, la *Encyclopedia of Evangelicalism* de R. Balmer (cf. mi recensión en *Diálogo Ecuménico* 126 [2005] 246-247). Por lo tanto, los historiadores han seguido la misma táctica que los dirigentes y portavoces del neo-evangelismo a la hora de rescribir de una manera muy peculiar la historia reciente del protestantismo estadounidense: “la historia del evangelismo ha crecido mientras que la historia denominacional se ha atrofiado. [...] La construcción de una identidad evangélica ha originado la convicción de que una fe liberada de los asuntos eclesiásticos es *la* expresión conservadora del cristianismo” (p. 60).

El capítulo 2 tiene el mismo propósito que el anterior, pero fijándose en las ciencias sociales, en la sociología de la religión. Repasa autores y obras que se han interesado en gran medida por el evangelismo, ante todo por su fuerte presencia en el campo político. Estos investigadores han elaborado sus perfiles de creyentes evangélicos y las características de su comportamiento social, que Hart resume en este apartado.

En continuidad, el capítulo 3 constituye una revisión de los datos estadísticos que las encuestas suelen ofrecer sobre este fenómeno religioso, y los estudios consiguientes. Pero es difícil porque “a causa de la ausencia de un mecanismo formal para pertenecer al evangelismo, el sujeto del protestantismo renacido en los Estados Unidos requiere otras medidas que las que los estudiosos de la religión usan normalmente para estudiar las iglesias” (pp. 85-86). Esto se sabe, entonces, haciendo una serie de preguntas que situarían al encuestado en la categoría de evangélico. Y por la importancia que se da a las estadísticas, da la impresión de que el evangelismo es uno de los movimientos religiosos más influyentes y crecientes en el país, con una cifras impresionantes que no tienen el correlato de un grupo real de personas (ya en 1979 se habló del 10% de adultos, y en 1999 Gallup daba la cifra del 39% de norteamericanos), puesto que hasta muchos católicos se consideran evangélicos o renacidos, al igual que un sector importante de las Iglesias protestantes históricas. Además, Hart explica el papel que ha tenido el Barna Research Group en la aplicación del marketing al evangelismo, para terminar afirmando que “más que la investigación de historiadores y sociólogos, los resultados de las encuestas son los que han construido la concepción popular del protestantismo evangélico como una fe amplia y tradicional” (p. 105).

La segunda parte de la obra continúa el proyecto de deconstrucción del autor, mirando hacia dentro del movimiento evangélico en su organización, doctrina y liturgia. El capítulo 4 repasa los asuntos de política interna del evangelismo, y que ha consistido en la constitución no de denominaciones nuevas, sino de estructuras paraeclesiales, asociaciones interdenominacionales, grupos mediáticos en torno a telepredicadores, escuelas bíblicas, etc., lo que ha llevado a una mayor individualización de la fe: “los protestantes de la órbita pietista y revivalista cuestionaron la autenticidad de tales actividades de carácter eclesial [bautismo, cena del Señor, ministerio ordenado de predicador, catequesis y oración familiar]” (p. 117). Se trata, para Hart, de un fenómeno fácilmente entendible dentro del contexto religioso norteamericano, y que lleva a actitudes de aversión de lo organizativo-eclesiástico, personalismos e incluso feudalismos, primando lo individualista sobre lo comunitario, como es una de las características de la vivencia espiritual en nuestros días.

En el capítulo 5 el autor se acerca a las cuestiones doctrinales, encabezadas principalmente por la creencia firme en la inerrancia de la Escritura, por encima de cualquier otra afirmación dogmática. Puesto que “esta doctrina, más que cualquier otra, se convirtió en sinónimo de evangelismo después de la Segunda Guerra Mundial” (p. 132), en algo sustancial e identificativo. Ya que la *sola Scriptura* es creencia común de todos los protestantes, el evangelismo ha hecho de la defensa de la inerrancia su seña de identidad distintiva. Expone algunas de las principales instituciones que producen y difunden la teología evangélica, como el Seminario Teológico Fuller, y detalla autores, obras y discusiones, en una historia en la que se ha apelado normalmente más a la opinión popular que a autoridades reconocidas. Hay también, por lo tanto, una notable ausencia de una teología consistente propia.

El tema de la celebración comunitaria es tratado en el capítulo 6, donde aborda la cuestión de la música contemporánea que se usa para el culto evangélico, algo controvertido, pues “la música que dio vitalidad y transmitió las emociones del protestantismo evangélico fue también, inevitablemente, un componente crucial en la creciente fragmentación del movimiento” (p. 156). Se trata de la parte de espectáculo que tienen los actos de culto, y que atrae a muchas personas, con nuevos himnos, coros y estilos que se distancian de los himnarios clásicos del protestantismo. Por otra parte, analiza las nuevas formas litúrgicas, que han pretendido acercarse a los jóvenes, centrándose en lo musical y cambiando según las modas de cada época. Hart ve críticamente este uso cristiano, por ejemplo, del *rock and roll*, como vehículo para transmitir una fe y una oración centradas en Dios y la Biblia, teniendo en cuenta, además, lo efímero de estos estilos que se adaptan. Para el autor “es difícil reconciliar cómo los protestantes

renacidos pueden ser política y culturalmente conservadores y litúrgicamente liberales” (p. 174).

En la conclusión, Hart resume su postura, y entre otras cosas afirma que “el evangelismo es un cuerpo religioso aparentemente amplio e influyente, pero carece de un centro institucional, coherencia intelectual y dirección devocional” (p. 176), y lo llega a comparar con la adolescencia, destacando su inmadurez y fragmentación. Expone las propuestas de algunos autores para dar mayor cohesión y consistencia al evangelismo, sobre todo con la insistencia en la atención a la tradición. Si se prescindiera del término “evangélico”, entre otras ventajas ganaría la doctrina cristiana, que no quedaría tan vaga ni reducida a mínimos. En el epílogo repite que el evangelismo no existe, sino que es “una construcción de los fundamentalistas de los años 40 que los académicos de finales del siglo XX encontraron especialmente útil para interpretar la religión americana” (p. 193), aunque lo matiza comentando otra obra suya anterior.

El autor demuestra ser un buen conocedor del evangelismo estadounidense (porque el libro, como se ha podido ver, no traspasa esas fronteras nacionales) y emplea abundante bibliografía y documentación. Aunque puede discutirse el planteamiento de la inexistencia del evangelismo, puesto que de hecho se trata de un fenómeno peculiar de la religiosidad de los EE.UU., y que marca importantes pautas de comportamiento individual y social en el protestantismo de aquel país, valoro muy positivamente la perspectiva crítica de Hart con respecto a una forma de vivir la fe cristiana que, llevando al extremo la herencia de la Reforma protestante, acaba con toda clase de eclesiología y recurso a la tradición, aferrándose a unos pocos elementos sencillos. Así, y como ha apuntado el autor, se construye una espiritualidad *light* de impronta cristiana, pero que carece de la seriedad de las Iglesias históricas.

Luis Santamaría del Río

GEORGE D. CHRYSIDES – MARGARET Z. WILKINS, *A Reader in New Religious Movements* (London: Continuum 2006) VIII + 432 pp. ISBN: 0-8264-6168-9

La casa editorial Continuum acaba de publicar este volumen de recopilación de textos de las sectas o Nuevos Movimientos Religiosos (NMR, en la terminología más extendida en lo académico), para que puedan servir de manual para el estudio de este fenómeno en tantos cursos y seminarios que tienen lugar en universidades de muchos países. La expresión NMR que usan los encargados de la edición, reconocen que “es ciertamente preferible al término peyorativo

'secta' [cult], pero aún así es problemático" (p. 3). Ellos son ya conocidos en este campo: George D. Chryssides, profesor de estudios religiosos en la Universidad de Wolverhampton (Reino Unido), y Margaret Z. Wilkins, investigadora independiente. El libro comienza con una primera sección de introducción en la que los editores pretenden sintetizar la cuestión de la terminología en torno al fenómeno sectario, sobre todo desde la sociología, y exponen las intenciones de la obra y la metodología empleada en la selección de los textos. De hecho, tiene su origen en una antología de textos de lectura recomendada para los alumnos de un curso sobre este tema, y en lugar de tanta bibliografía secundaria como ya hay, sus responsables quieren "permitir a los NMR, al igual que a otros varios grupos de interés, contar su propia historia con sus propias palabras" (p. 7).

Chryssides y Wilkins se defienden de la posible acusación de defender a las sectas, pues se limitan a ofrecer material de las mismas sin asumir su contenido ni criticarlo, y además ofrecen un capítulo final de reacciones negativas a este fenómeno. Explican que han escogido solamente grupos nacidos en el siglo XX y que cuentan con una cierta importancia en Occidente, para exponer sus creencias y prácticas, y mostrar así las grandes diferencias que hay entre ellos. Para ser fieles a los textos originales, mantienen las peculiaridades de su redacción, como las mayúsculas y subrayados, y hasta las erratas.

La segunda sección del volumen, igualmente breve, constituye una panorámica general de las sectas que aparecerán a lo largo del libro: el movimiento de origen hindú Brahma Kumaris, la Iglesia de la Cienciología, la sincretista Iglesia Universal y Triunfante, la Federación de Familias para la Paz Mundial y la Unificación (antes conocida como la Iglesia de la Unificación), los Amigos de la Orden Budista Occidental, la Sociedad Internacional para la Conciencia de Krishna (o Hare Krishna), el movimiento de Osho (nuevo nombre de su fundador, llamado con anterioridad Bhagwan Rajneesh), el popular Movimiento Raeliano, el grupo neobudista Soka Gakkai, y La Familia (denominación actual de los Niños de Dios). De todas maneras, los editores habían explicado en la introducción que Cienciología, Osho y Soka Gakkai al final no permitieron el uso de su material con derechos de autor, por lo que no aparecen textos de estos tres grupos en la antología. Se nota en gran medida que los textos aplicados a cada secta en esta descripción general han sido revisados y aprobados por sus responsables, ya que apenas aparece información crítica.

El libro pasa ahora a su parte principal: la sección tercera, con más de 300 páginas. En ellas, se ofrecen los extractos de documentos de los grupos antes dichos, por el mismo orden, y agrupados en nueve áreas temáticas que muy acertadamente repasan los diversos componentes doctrinales y prácticos de cada grupo. Además, cada



uno de estos capítulos está encabezado por una breve introducción de los editores. El primer capítulo está dedicado a la fundación y los orígenes de los grupos, al “mito fundacional” que las sectas proponen en su literatura, sobre todo en las biografías de los fundadores, que legitiman su pretensión con visiones, encuentros sobrenaturales o experiencias de iluminación.

El capítulo segundo ofrece una selección de textos en los que cada movimiento plantea cuestiones exegéticas sobre las escrituras autoritativas de la tradición de la que emergen (como la Biblia o la *Bhagavad Gita*), y por eso sólo aparecen cuatro sectas y su peculiar interpretación de los textos sagrados. En cuanto al uso de la Escritura cristiana, destaca por su carácter totalmente extracristiano el comentario raeliano a los primeros capítulos del Génesis. El capítulo tercero se acerca a la condición humana ante la realidad del bien y del mal, con textos que hablan de distintas categorías antropológicas y religiosas como el pecado y el karma, la armonía y la libertad humana.

El capítulo cuarto versa sobre las distintas cosmovisiones que tienen las sectas, según si sus doctrinas son antropocéntricas sin apertura a un ser superior, creacionistas, reencarnacionistas, etc. El estilo de vida propuesto y practicado en estos movimientos queda expuesto por sus propias fuentes en el capítulo quinto, y puede observarse que las actitudes de las sectas ante el mundo pueden ser de afirmación, renuncia o acomodación, según la ya clásica descripción del sociólogo Roy Wallis, o pueden mezclar elementos de las mismas. Así, aparecen asuntos como las técnicas de meditación, la vida en familia o en comunidad, el proselitismo o la sexualidad.

Concretando más, el capítulo sexto aborda las prácticas espirituales, que van desde la meditación, el yoga, los mantras y el uso de la “llama violeta”, hasta el matrimonio bendecido por el reverendo Moon o la “meditación sensual” raeliana. El capítulo séptimo está dedicado a la visión que tienen estos grupos de los asuntos sociales, y propone textos sobre la paz, el aborto, el comunismo, el materialismo, la clonación y el papel de la mujer. Mirando más adentro, el capítulo octavo se acerca a elementos del funcionamiento y organización internos de las sectas que se estudian en el libro, con documentos que ofrecen una buena panorámica de algunos de sus objetivos y actividades. El capítulo noveno expone las creencias escatológicas de cada secta, el objetivo último hacia el que tiende su vida y acción, y que esperan como un gran cambio personal o global, con sus peculiaridades respectivas.

Por último, el libro añade una sección muy interesante con documentación crítica sobre el fenómeno sectario, lo que equilibra algo más el planteamiento de la obra, pues no sólo deja hablar a los grupos, sino que expone también las reacciones negativas, si bien los

editores dejan claras sus deficiencias y errores, ya sea por parte de familiares afectados, medios de comunicación, organismos estatales o Iglesias, pues "todas las partes tienden a reconocer la importancia de la libertad religiosa, pero no se ponen de acuerdo sobre sus límites, y sobre si los derechos humanos se mantienen o se infringen en los NMR" (p. 353).

Presenta textos en los que se resume la identidad y actividad de diversas organizaciones que se dedican a este tema, como la inglesa Family Action Information and Resource (FAIR), el grupo apologetico evangélico Reachout Trust, la American Family Foundation (AFF, actualmente International Cultic Studies Association, ICSA), el "desprogramador" norteamericano Ted Patrick, y las instituciones más destacadas en la Europa actual desde una perspectiva más académica y menos crítica: la británica Information Network Focus on Religious Movements (FOCUS) y el italiano Center for Studies on New Religions (CESNUR).

A continuación se reproducen algunos de los documentos más importantes de instituciones gubernamentales y religiosas sobre las sectas. Así, aparece por un lado el Informe Cottrell y la consiguiente resolución de la Unión Europea (1984), y por otro lado el documento emitido por la Santa Sede en 1986, y el que en ese mismo año publicaron de manera conjunta el Consejo Mundial de las Iglesias y la Federación Luterana Mundial. Para terminar el libro, aparecen referencias a otros materiales propios de las sectas, un glosario y la bibliografía (que, como pasa muy a menudo, se ofrece íntegramente en inglés, dejando de lado algunas obras importantes publicadas en otros idiomas).

El volumen cumple sobradamente con su objetivo de ofrecer material de primera mano de las sectas o NMR, permitiendo un amplio estudio en cursos monográficos sobre el tema. Varias cosas podrían discutirse, como el criterio de selección de los grupos, su enfoque occidental y prácticamente anglosajón, e incluso la selección de los textos, que da una imagen en ocasiones demasiado positiva de los grupos estudiados. Además, hay que contar con la ausencia excusada de la documentación de tres sectas concretas, lo que limita aún más el espectro de visión de la obra. Si bien, como ya he dicho, constituye una buena aportación para el estudio del fenómeno sectario, por la interesante recopilación de algunas fuentes primarias que, sin este libro, serían difíciles de conseguir y reunir. Además de que al final deja un espacio para las críticas, que podría haberse completado con extractos de algunos documentos legislativos significativos, emitidos por varios países europeos.

Luis Santamaría del Río

CHRISTOPHER PARTRIDGE, *The Re-Enchantment of the West. Volume I. Alternative Spiritualities, Sacralization, Popular Culture, and Occulture* (London: T&T Clark 2004) X + 265 pp. ISBN: 0-567-08408-6

Christopher Partridge, profesor de Religión Contemporánea en el University College Chester (Reino Unido), lleva bastante tiempo estudiando y publicando material sobre la nueva religiosidad. Pretendiendo escribir un libro sobre el neopaganismo, al final se decidió a dedicarlo a un planteamiento más profundo y de mayor amplitud, analizando las raíces y características principales del actual retorno a lo religioso o “reencantamiento del mundo” en Occidente. Algunas partes de esta obra ya las había publicado de manera independiente en las revistas *Journal of Contemporary Religion* y *Culture and Religion*. Trata, como ya se puede descubrir por el título, “sobre la variedad de maneras en las que cantidades crecientes de occidentales están descubriendo y articulando un sentido espiritual en sus vidas. [...] Es sobre las nuevas maneras de creer en sociedades en las que las maneras antiguas están inhibidas y en declive” (p. 1). El autor explica en la introducción que su propio recorrido vital ha pasado por muchos de los temas que ahora estudia: experiencias psicodélicas, atracción por lo paranormal y el orientalismo, etc. Y ahora aborda el tema desde una perspectiva interdisciplinar, en la que se entremezclan la sociología, los estudios religiosos y el análisis cultural.

Este libro, que precede a la publicación de un segundo volumen en continuidad con su temática, está dividido en dos partes: la primera abarca un estudio general de la situación de metamorfosis socioreligiosa actual, y la segunda, más amplia, se acerca a diversos elementos constitutivos de lo que algunos estudiosos han denominado “ocultura” (*occulture*), y que no se limita a la absorción cultural del ocultismo en un sentido estricto, sino que Partridge amplía el término “para incluir un vasto espectro de creencias y prácticas surgidas de la espiritualidad oriental, paganismo, espiritismo, teosofía, medicina y ciencia alternativas, psicología popular, y una gama de creencias emanadas de un interés general en lo paranormal” (p. 4).

El primero de los tres capítulos que integran la primera parte resume a grandes rasgos la tesis de la secularización de Occidente – refiriéndose más a Europa, pues la realidad religiosa de Norteamérica es bien diferente –, desde la teoría del desencantamiento del mundo de Weber hasta el reciente libro de Steve Bruce *God is Dead*. Puntualiza lo que es y lo que no es la secularización, señalando acertadamente sus características, que no son de desaparición de lo religioso, sino de privatización y pérdida de importancia social, entre otras cosas. El capítulo 2 constituye un buen repaso de las categorías que la sociología ha empleado para estudiar la nueva religiosidad, tanto en su forma más institucional (la tipología iglesia-secta-culto

de Weber y Troeltsch, o el estudio del sectarismo hecho por Niebuhr, Wilson y Wallis) como en la forma más difusa y adaptada al momento cultural como es la Nueva Era.

En el capítulo 3 el autor explica cómo se ha dado el paso del desencantamiento al reencantamiento. Sin negar la teoría de la secularización, es cierto que se dan fenómenos peculiares de retorno de lo sagrado, puesto que la secularización sería “una etapa de un proceso más amplio, una etapa que será seguida por la importancia creciente de nuevas formas de religión” (p. 40). Así, según Partridge, la cultura cristiana está siendo sustituida por el *cultic milieu* (“ambiente sectario”, sin tomar este término en sentido organizativo), de carácter mágico y esotérico; se ha pasado de una religión vivida de manera eclesial a una religiosidad “mística y espiritual”, con la ya conocida distinción entre religión y espiritualidad, caracterizada esta última por un “creer sin pertenecer”, siguiendo la expresión de la socióloga Grace Davie.

El capítulo 4, que da comienzo a la segunda parte del libro, aborda la categoría de ocultura, la religiosidad de tipo sectario (*cultic*) y otros elementos importantes de estos tipos de espiritualidad: el ocultismo, el autocentramiento, la propia experiencia, el paganismo e incluso el satanismo. La innegable influencia de las culturas orientales y sus características filosóficas y religiosas es el contenido del capítulo 5, en el que el autor vuelve la mirada a la década de los 60 y su fiebre por el orientalismo, pero va más allá para ver la raíz moderna de este interés en la celebración del I Parlamento de las Religiones del Mundo (Chicago, 1893), que significó la irrupción masiva de gurús y diversas corrientes de las tradiciones hindú y budista. Después, en la década citada, todo esto llegó a su cumbre, con la omnipresencia de lo oriental en la cultura occidental. También se ofrece en estas páginas un interesante análisis de los problemas que plantea la gran diferencia de pensamiento entre ambas culturas, y el sincretismo que está al orden del día, por la absorción de algunos elementos de Oriente.

En el capítulo 6 Partridge muestra cómo la ocultura no está restringida a unas elites ni a sectores precisos de personas que pertenecen a grupos o realizan determinadas prácticas, sino que es algo que permea la cultura popular y, en concreto, la literatura y el cine. Las generaciones actuales, por la influencia de lo oculto en los medios de comunicación, conviven ordinariamente con elementos de las nuevas espiritualidades: vampirismo, satanismo, brujería, paganismo... de manera que “aunque hay una compleja red de razones para el creciente interés en las cosmologías oculturales, parece claro que los artefactos culturales están contribuyendo, en un sentido importante, a la construcción de unas cosmovisiones y estructuras de plausibilidad sacralizadas de nuevo” (p. 141).

Lo mismo hace el capítulo 7 con la música, a la que el autor da una gran importancia empleando la obra de Theodor Adorno (al que cita repetidas veces a lo largo del libro), y teniendo en cuenta que algunos representantes de la nueva religiosidad afirman que la música actual puede proporcionar un encuentro con lo numinoso. Es innegable que la música “usa simbolismo religioso e incluso desarrolla explícitamente temas espirituales, lo que refleja los intereses contraculturales de los productores y también contribuye a las cosmovisiones de los consumidores – muchos de los cuales, por supuesto, ya están atentos oculturalmente” (p. 147). Hace un interesante repaso de grupos, artistas y discos, desde los clásicos Beatles hasta el iconoclasta Marilyn Manson, además de las influencias orientales, los festivales de *rock*, y sobre todo la moda de la psicodelia y el trance a través de alucinógenos, con la influencia del chamanismo. También aborda otros estilos como la música *dance*, *rave*, *reggae* o *chill out*. Elementos, todos ellos, que mediante su comercialización hacen que “la ocultura o espiritualidad no tradicional se convierte de manera creciente en menos alternativa, menos exótica, menos desviada, y más respetable – se convierte en la ocultura *popular*” (p. 184).

En el apartado conclusivo Partridge apunta que no considera que las doctrinas cristianas hayan perdido totalmente su importancia en la sociedad occidental, pero sí cree que se han convertido en uno más de los productos consumibles en el supermercado religioso, y que “el lenguaje y los símbolos del cristianismo se convertirán de forma creciente en remotas para la mayor parte de la gente” (p. 186, citando a otro autor). Los occidentales de hoy se mueven en otro contexto sociorreligioso, y emplean y entienden un nuevo lenguaje, lo que los aleja de la cosmovisión cristiana cada vez más, para estar inmersos en la ocultura. Una realidad que crecerá, según el autor.

Sin duda estamos ante una magnífica síntesis de la nueva religiosidad en sus cuestiones más generales, y que da una idea muy amplia y documentada del fenómeno (no hay más que ver, por ejemplo, las notas, la bibliografía y hasta los repertorios que incluye de discos y películas). Me atrevería a decir que puede convertirse en una obra fundamental para el estudio de las nuevas configuraciones de lo espiritual. La perspectiva es eminentemente europea, lo que aumenta su interés, pues los estudios generales que se han publicado han sido concebidos, sobre todo, desde una óptica norteamericana. Con una redacción amena, favorecida por múltiples alusiones a autores, obras y acontecimientos, consigue exponer con rigor y profundidad un tema que el autor demuestra conocer, después de tantos años de estudio y experiencia directa. Y deja claro que el análisis del proceso de secularización ha de comprender una atención especial al componente resacralizador que lleva a cabo la ocultura.

Luis Santamaría del Río

SARAH M. PIKE, *New Age and Neopagan Religions in America* (New York: Columbia University Press 2004) XIV + 220 pp. ISBN: 0-231-12403-1

La editorial de la Universidad de Columbia ha dedicado una colección al pluralismo religioso en los EE.UU., y tras publicar diversos volúmenes sobre las principales confesiones cristianas y no cristianas, llega el turno de la nueva religiosidad tal como se encarna – si es que puede emplearse este término – en la compleja atmósfera cultural y espiritual de la Nueva Era y el neopaganismo. La autora de este libro, Sarah M. Pike, es profesora de estudios religiosos en la Universidad del Estado de California en Chico. En la introducción afirma que lo que unos años atrás eran prácticas esotéricas ahora es algo difundido en la cultura ambiental y aceptado por la población norteamericana. Pone en conexión la Nueva Era con el neopaganismo, para explicar sus características comunes y diferenciales, y aclara que el estudio de ambos movimientos es necesariamente distinto al de las sectas, debido a “su falta de un líder carismático y a que no están separados físicamente del mundo. Son redes fluidas de individuos, organizaciones, libros y páginas web” (p. IX). Por esta carencia institucional son difíciles de estudiar sistemáticamente, pero Pike pretende escribir una introducción general a este fenómeno en su país, de manera objetiva y neutral, crítica pero sin estereotipos negativos.

Dividido en dos partes, la primera (capítulos 1-4) aborda los dos movimientos en sus elementos peculiares, y la segunda (capítulos 5-7) trata los temas centrales que son comunes a ambas sensibilidades espirituales. En el capítulo primero la autora describe un ritual neopagano celebrado por unas sacerdotisas en el área de San Francisco, corazón de la revolución cibernética y también de la brujeril, de la que explica su origen reciente, sus corrientes y representantes, que dicen recuperar el antiguo culto a la Diosa, y lo mezclan con el autoconocimiento, proporcionando así una nueva espiritualidad al hombre actual.

El capítulo segundo ofrece ya información más ordenada. Aunque los nudos de las redes neopagana y de la Nueva Era son muy diversos entre sí, “hay tendencias e intereses comunes que pueden encontrarse en la mayor parte, si no en la totalidad, de las comunidades neopaganas y de la Nueva Era” (p. 14): la transformación del yo, el contacto ritual con los entes superiores, las técnicas adivinatorias, el sincretismo doctrinal, la reencarnación, etc. Según Pike, ambos movimientos nacieron en la contracultura norteamericana de los años 60, y la gente se introduce a través de su presencia en la cultura popular, desde la que se pasa a una búsqueda concreta, ahora sobre todo a través de Internet, además de las librerías. En cuanto a la definición, señala que “las prácticas neopaganas subrayan la centralidad

de la relación entre los humanos y la naturaleza, y reinventan las religiones del pasado, mientras que los miembros de la Nueva Era están más interesados en transformar la conciencia individual y configurar el futuro” (p. 18), y expone las características de ambos paradigmas, algo bastante complicado por la multitud de elementos, comprensible por su eclecticismo, individualismo y ausencia de liderazgo.

El capítulo tercero ofrece un interesante repaso a los precedentes de estos movimientos, ya que algunas de sus características principales “como la salvación a través del descubrimiento y conocimiento de un yo interno divino y la continuidad en lugar de separación de materia y espíritu, han estado presentes durante siglos en la tradición oculta” (pp. 39-40). Sobre todo en el siglo XIX en los EE.UU., tiempo del espiritismo, el segundo Gran Despertar evangélico, el mormonismo, el movimiento *New Thought*, la teosofía con su recuperación del orientalismo, el ocultismo, etc. En un paso siguiente, el capítulo cuarto se adentra en los orígenes recientes de la Nueva Era y del neopaganismo, en una época – años 60 – en la que sus elementos fundantes adoptaron una gran importancia y fueron establecidos por gurús, profetas y comunidades, y que dieron lugar a una inmensa red de personas y grupos. La autora estudia este tiempo convulso y de “experimentación religiosa” (p. 69), la mirada puesta en Oriente, la utopía, la literatura fantástica y otras muchas corrientes culturales y espirituales.

Para comenzar la segunda parte de la obra, Pike dedica el capítulo quinto a la sanación como elemento central de ambos movimientos. De hecho, todo lo relacionado con el bienestar de uno mismo, la conciencia holística, la autocuración o la energía, es fundamental en sus rituales y prácticas. La autora repasa cómo se ha elaborado esta tradición, histórica y doctrinalmente, sus narrativas y técnicas, y la relación de las terapias alternativas con la medicina tradicional.

El capítulo sexto aborda la importancia que han tenido en la configuración del neopaganismo y de la Nueva Era las cuestiones “de género”, y en concreto el feminismo, la liberación sexual y el auge homosexual. Para los defensores de estas alternativas espirituales, el cristianismo ha dejado en nuestra cultura una pesada herencia de desigualdad de géneros y represión sexual, y por ello ensalzan sobremanera la sexualidad, como reacción. Esto tiene su reflejo en multitud de elementos de la nueva religiosidad: adoración de la Diosa, estructuras matriarcales, prácticas de sexo sagrado, etc. Pike escribe que “esta experimentación incluía mucho pensamiento y práctica creativos, pero también llevaba a la confusión, sobre todo cuando masculinidad y feminidad se desvinculaban del sexo biológico” (p. 116). Este aperturismo en materia sexual, defendido como alternativo frente a las religiones, parece ser una de las causas de la difusión de estos movimientos. La autora se acerca a la narrativa neorreligiosa sobre este tema, los ritos, la visión sacralizadora del sexo y la exaltación de lo femenino.

El capítulo séptimo reflexiona sobre la novedad y la expectación del cambio en estos movimientos, desde el concepto de la esperada “era de Acuario”. Por un lado, se habla de transformación cósmica y social, de purificación en un nuevo mundo, que según algunos precisa de un cataclismo previo, en un paralelismo distante del apocalíptico de raíces cristianas. Para otros, el cambio se está dando progresivamente, y se debe al esfuerzo de las personas concienciadas. Hay una importancia del activismo social – muy dudoso en algunas cuestiones, por ejemplo, de justicia social – y, sobre todo, del medioambiental. El capítulo incluye también las duras críticas de las que el neopaganismo y la Nueva Era han sido objeto, tanto por parte del cristianismo (protestantes y católicos a los que Pike denomina “conservadores”, y a los que opondría otros cristianos más liberales, totalmente permeados por las nuevas espiritualidades), como por parte del movimiento antisectas y de los indígenas norteamericanos (que ven robados o profanados elementos sagrados propios). También explica la importancia de Internet para el desarrollo y popularización de estos movimientos. Los cuales, según sus reflexiones finales, “significan una tendencia en la religión americana al final del siglo XX y al comienzo del XXI que se resiste a la institucionalización y que da valor a la existencia personal” (p. 171), algo que ha ocurrido también en el ámbito cristiano estadounidense.

Al final, se ofrecen unos breves apéndices: cronología, glosario y bibliografía. El libro constituye un acercamiento bastante bien sintetizado a los movimientos que estudia, aunque quizá sea un poco breve. Al comenzar a leerlo da la impresión de que la autora pretende delimitar bien ambas nuevas espiritualidades, pero no lo hace, cosa bastante comprensible por su carácter difuso y entremezclado. Se centra en la cultura estadounidense, tal como lo dice el mismo título de la obra, y por ello puede concretar mejor los temas de estudio, pero con el obstáculo siempre presente aquí de no poder profundizar mucho en unas cosmovisiones y prácticas que, a pesar de su pretensión de arraigo arcaico, son ciertamente recientes y en un cambio continuo, que complica la tarea de análisis y discernimiento.

Luis Santamaría del Río

SUNG WOOK CHUNG (ed.), *Christ the One and Only. A Global Affirmation of the Uniqueness of Jesus Christ* (Milton Keynes/Grand Rapids: Paternoster Press/Baker Academic 2005) XVIII + 240 pp. ISBN: 0-8010-2854-X

La persona de Cristo es el centro de la fe cristiana, que lo proclama ante el mundo como el Hijo de Dios, Señor de la histo-



ria y Salvador de la humanidad. Afirmarlo y fundamentarlo en su unicidad es el propósito de este libro, que reúne diversas colaboraciones bajo la dirección de Sung Wook Chung, cristiano evangélico surcoreano y profesor de Teología en el King College de Bristol (Tennessee, EE.UU.). Chung contextualiza la obra en nuestro ambiente actual post-cristiano, secularizado y cambiante, y con un pluralismo religioso que desafía a un cristianismo que decrece en Occidente, y desplaza sus centros de crecimiento a Asia, África e Iberoamérica. “En este contexto de la rápida globalización del cristianismo, este libro pretende reafirmar la unicidad absoluta de Jesucristo como el único Señor y Salvador de la humanidad” (p. X). Por una parte, elaborará una propuesta más sistemática, y desde ahí, en una segunda parte del libro (aunque no están delimitadas) contemplará las cuestiones que plantea el diálogo con cada religión determinada. Alister E. McGrath afirma en el prefacio que “debe permitírsele al cristianismo ser lo que realmente es, en lugar de forzarlo a conformarse a lo que el ‘espíritu de nuestra época’ considera aceptable” (p. XVII), y por ello los artículos que forman este libro constituyen una protesta contra la acomodación cultural, una defensa de lo distintivo cristiano, desde la óptica evangélica que caracteriza a los autores.

La primera colaboración (“The Incarnation of Christ and its Implications to the Ministry and Mission of the Church”), de Elias Dantas, repasa el misterio de la encarnación y de la concepción virginal de Cristo, las controversias a las que dieron lugar las principales herejías cristológicas de los primeros siglos, las definiciones de Nicea, Constantinopla y Calcedonia, y de ahí da un salto curioso a la Reforma protestante, olvidando toda la reflexión teológica intermedia. Después señala las implicaciones de esta doctrina central para la vida y misión de la Iglesia, que está llamada a continuar esta dinámica encarnatoria como cuerpo de Cristo: “Dios se hace tangible no sólo en Jesucristo, sino a través del testimonio efectivo y humilde de su Iglesia” (p. 16) en un mundo pluralista, que requiere un testimonio de vida creíble e impactante.

En el segundo capítulo (“The Uniqueness of the Life and Teachings of Christ”), Clark H. Pinnock se acerca a la vida de Jesús, desde el nacimiento a la glorificación, haciendo hincapié en sus acciones y palabras durante el ministerio público, para señalar la centralidad de la figura de Cristo para la historia de la humanidad. Los cristianos, como señala acertadamente el autor, no somos gente del libro, sino que el centro de nuestra fe es Jesucristo. Y este cristocentrismo pasa por la realidad histórica de un hombre concreto: Jesús de Nazaret. “Para los cristianos, Jesús es el foco de atención porque la palabra de Dios no es ante todo un documento escrito sino una vida humana. Tenemos una revelación relacional, no de un hombre intemporal, no de una figura celestial, sino de un judío del siglo I” (p. 38).

Graham Tomlin aborda en su colaboración (“The Uniqueness of Christ’s Suffering and Death on the Cross”) la pasión y muerte de Cristo, partiendo del reciente éxito de la película *The Passion of the Christ*, de Mel Gibson, que muestra la importancia del hecho histórico de la cruz aún hoy. El capítulo pretende explicar cuál es la peculiaridad y la significación única de la muerte ignominiosa de un predicador galileo bajo el poder romano. Repasa el contexto originario y la perspectiva actual (donde la unicidad de la cruz se cuestiona radicalmente), la *theologia crucis* de Pablo y los planteamientos de Lutero y Pascal, para concluir afirmando que “la cruz de Cristo representa una teología que subvierte la voluntad de poder y la reemplaza por una voluntad de amor” (p. 61), y trae consigo una praxis determinada.

El paso siguiente lo constituye el cuarto capítulo (“The Resurrection and the Uniqueness of Jesus Christ”), donde Gabriel Fackre resume la doctrina sobre la resurrección de Cristo, hecho fundacional de la fe cristiana y algo único, frente a los ataques que recibe por muchos que rechazan el testimonio apostólico sobre este acontecimiento. La resurrección sanciona la unicidad de Cristo testimoniada por él mismo (como el camino, la verdad y la vida), y es garantía de reconciliación, revelación y redención centradas en él. En este capítulo Fackre elabora una interesante narración de la *historia salutis* en varios apartados en torno al triunfo de Cristo sobre la muerte.

El capítulo quinto (“The Uniqueness of Christ as the Revealer of God”), firmado por Mark D. Thompson, constituye un acercamiento bíblico a la cuestión, para demostrar que la unicidad de Cristo es una realidad exegética (para lo que analiza ambos testamentos) y una necesidad teológica desde el planteamiento trinitario, ya que “el conocimiento verdadero de Dios sólo es posible si Dios es en sí mismo como es para nosotros en Jesucristo” (p. 103), en la línea de lo señalado por Rahner. Cristo no es una simple manifestación de la divinidad, sino que en él se nos da Dios en persona. El autor, además, siguiendo la tradición dialéctica de la teología reformada, considera que la búsqueda extracristiana de Dios ha de denominarse idolatría, lo que no debe llevar a los cristianos a la coacción, sino a la perseverancia en la misión. De un modo bastante exclusivista afirma que “no hay lugar para accesos alternativos o un teísmo más genérico cuando se conoce la verdad sobre Jesús. Los teólogos cristianos que evitan la particularidad de la revelación de Dios en Cristo y buscan una evaluación más optimista de las religiones del mundo se están esforzando a contrapelo del mismo evangelio” (p. 109).

Veli-Matti Kärkkäinen dedica su colaboración (“The Uniqueness of Christ and the Trinitarian Faith”) a la confluencia entre la cristología y el tratado del Dios trinitario como base sobre la que afrontar desde la fe cristiana el pluralismo religioso, partiendo de lo

que ya han hecho Panikkar, D'Costa, Dupuis, Mark Heim y él mismo (en su libro *Trinity and Religious Pluralism*, de 2004), para señalar que “desatender o minimizar la importancia de la doctrina de la Trinidad para la teología de las religiones es miope y perjudicial a la vez” (p. 114), pues la unicidad de Cristo sólo puede predicarse desde un trasfondo trinitario. Kärkkäinen sintetiza las cuestiones que están en juego, y en la conclusión plantea la centralidad de la categoría de comunión en el seno del Dios trino como lo que permite la unidad y la diversidad. Para este autor, “las otras religiones no son salvíficas como tales, pero son importantes para la Iglesia cristiana en tanto que la ayudan a penetrar con más profundidad en el misterio divino” (pp. 127-128). Consigue, en la línea de D'Costa, un equilibrio entre la particularidad cristiana y la fe trinitaria que deja el espacio para una teología de las religiones fiel al dogma y abierta a los otros.

Los capítulos posteriores ya se centran en la relación de la unicidad de Jesucristo con las demás tradiciones religiosas de la humanidad. El capítulo séptimo (“The Uniqueness of Christ in Relation to Jewish People: The External Crusade”), de Ellen T. Charry, plantea la importante cuestión de la relación entre judaísmo y cristianismo – tan profundamente vinculados entre sí a diferencia de las otras religiones –, en torno a la figura de Cristo, en dos partes: la visión judía de lo cristiano y la visión cristiana de lo judío. En el capítulo octavo (“The Uniqueness of Christianity in Relation to Buddhism”), Paul S. Chung se acerca al contacto cristiano-budista. La siguiente colaboración (“Jesus Christ – Eschatological Prophet and Incarnate Savior. A Christian Proposal to Muslims”), de Ng Kam Weng, trata los temas en debate en el diálogo islamocristiano, marcados por las pretensiones fuertes de ambas religiones, algunas de las cuales entran en una contradicción directa.

KK Yeo dedica el capítulo décimo (“The Law of Love According to Confucius and Paul”) a los puntos de contacto y distancia entre el cristianismo y el confucianismo, convencido de que “en tanto que Cristo puede salvar la cultura china, el pensamiento confuciano puede contextualizar el evangelio de Cristo para los chinos” (p. 203). Lo hace comparando algunas doctrinas de los *Anales* de Confucio con las de los escritos paulinos. Por último, el capítulo undécimo (“Christianity and Buddhism”), a cargo del editor, Chung, vuelve al análisis del budismo, que tanto está creciendo en Occidente, y propone para la relación entre ambas religiones un modelo misional por parte de la fe cristiana, para superar las actitudes exclusivista y pluralista. Confronta las cosmovisiones cristiana y budista, y señala sus puntos de contacto, con sus limitaciones, para concluir afirmando que “deberíamos emplear estos puntos de contacto con prudencia para abrir sus corazones y atraerlos al mensaje evangélico” (p. 239).

Se trata de un libro muy interesante y sugerente, para ver un acercamiento concreto desde la fe cristiana a la situación actual de pluralismo cultural y religioso. Contiene aportaciones valiosas e ideas brillantes, pero en muchas de sus páginas hay un cierto exceso de tono apologético, tan característicos de los centros académicos evangélicos de los que proceden los autores. Autores y centros que, no obstante, le dan universalidad al libro, ya que cuenta con una notable disparidad geográfica (desde Norteamérica a Australia, pasando por Asia y Europa), si bien faltan, como casi siempre, Iberoamérica y África, para conseguir un carácter más global.

Luis Santamaría del Río

TIMOTHY GEORGE (ed.), *God the Holy Trinity. Reflections on Christian Faith and Practice* (Grand Rapids: Baker Academic 2006) 175 pp. ISBN: 978-0-8010-2765-9

El editor de esta obra, Timothy George, es decano de la Beeson Divinity School, sección teológica de la Universidad de Samford, en Birmingham (Alabama, EE.UU.), centro evangélico que patrocina la colección en la que se inserta el libro. Su contenido: la reflexión sobre el Dios cristiano, que se ha revelado en la historia como Padre, Hijo y Espíritu Santo, realidad trinitaria que, según George, “no fue un problema de disputa entre Wittenberg o Ginebra y Roma” (p. 9), ya que la controversia interconfesional se basó en la soteriología y eclesiología, dejando intacta una doctrina central que entraría en crisis más tarde con la aplicación de la epistemología de la Ilustración. Cita a autores de diversas Iglesias (Barth, Rahner y Zizioulas), lo que muestra la perspectiva ecuménica que también hubo en el simposio sobre la Trinidad que dio origen al libro: “ninguno de los colaboradores de este volumen minimizaríamos en ningún momento las serias diferencias teológicas y eclesiales que nos impiden aún, tristemente, participar juntos del banquete de la mesa del Señor. Pero nos reconocemos unos a otros como hermanos y hermanas en Jesucristo, y permanecemos unidos en nuestro compromiso con la fe histórica trinitaria de la Iglesia” (p. 13). Y la intención es ir más allá de la teología dogmática, viendo las implicaciones vitales de la doctrina del Dios trino.

En la primera colaboración (“The Doctrine of the Trinity. An Evangelical Reflection”), Alister E. McGrath se pregunta si esta doctrina cristiana es una incoherencia intelectual, y repasa las objeciones racionales más comunes, para después reclamar en su sentido más hondo la noción de misterio: el hombre no puede comprender todo el ser de Dios, no puede dominarlo. Explica la importancia de la fe trinitaria desde la óptica evangélica, y escribe: “creo firmemente

que la Escritura legitima una doctrina de la Trinidad” (p. 28), viendo la coherencia interna de la evolución dogmática que llevó a esta formulación, con una comprensión no literalista del *sola Scriptura*. Señala los peligros de poner demasiado el acento en el lenguaje trinitario, y la dificultad de “visualizar” humanamente algo tan abstracto y complicado; y termina citando a Kempis sobre la mayor importancia del cambio de vida que la especulación.

El anglicano Gerald L. Bray dedica su artículo (“Out of the Box. The Christian Experience of God in Trinity”) a examinar las bases bíblicas de la doctrina trinitaria, fijándose en Gal 4, 6, texto en el que Pablo marca la novedad cristiana frente a un judaísmo estrictamente monoteísta. De este versículo extrae las diversas implicaciones de la fe trinitaria para la experiencia cristiana de Dios, algo irrenunciable y que, además, se ha profundizado con el diálogo interreligioso. La vida cristiana es participación de la vida de un Dios que en Cristo se ha revelado como trino, y por ello el autor analiza cada una de las tres Personas. Como constata Bray, es algo que rompe con el judaísmo, y además “no emergió de algún tipo de especulación filosófica sobre Dios, sino de las realidades de la experiencia espiritual cristiana de él” (p. 55). El tercer capítulo (“Faith and Christian Life in the African-American Spirituals”), de James Earl Massey, constituye un interesante acercamiento a cómo aparece la fe trinitaria en los cantos conocidos como “espirituales negros”, y lo hace repasando la presencia en esta música del Padre, de Cristo y del Espíritu. Como testimonio de la fe y oración de generaciones de afroamericanos, reflejan una honda experiencia espiritual con su teología bíblica, teodicea y esperanza cristiana, de manera práctica y vital.

El cardenal Avery Dulles se adentra en su colaboración (“The Trinity and Christian Unity”) en el ecumenismo. Cada cristiano está marcado desde el bautismo por la Trinidad, y por ello a todos nos une la misma filiación y fraternidad, base para la unidad de los cristianos: “los creyentes en el señorío de Jesús, incluso aunque pertenezcan a comunidades eclesiales diferentes, comparten el único Espíritu Santo” (p. 71). Propone un planteamiento eclesiológico basado en la unidad del Dios trino, un Dios que da lugar a un modelo de comunión con un principio monárquico, basándose en Ratzinger y otros autores, y se acerca a la identidad de la Iglesia local, para terminar señalando que “cualquier eclesiología sólida debe enraizarse en las dos procesiones divinas, la del Hijo y la del Espíritu, que se continúan en sus misiones respectivas” (p. 82). Frederica Mathewes-Green, de la Iglesia Antioquena, comenta con detalle en su artículo (“The Old Testament Trinity”) el conocido icono pintado por Rublev –y que ilustra la portada del libro– a la luz de la teología oriental de los iconos, y el acceso a Dios por medio de la belleza de esta tabla, y lo que nos muestra del misterio trinitario.

El capítulo sexto (“A Puritan Perspective. Trinitarian Godliness according to John Owen”) le sirve a J. I. Packer para acercarse a la obra del teólogo puritano inglés John Owen (1616-1683) y valorar, frente al estereotipo que se aplica al puritanismo, la profundidad espiritual en sus escritos con respecto a la Trinidad. Tras introducirnos a los escritos y a la teología de Owen, Packer se centra en una recopilación de sermones sobre la comunión con Dios, que da una idea de la importancia que otorgaba a este elemento central de la existencia cristiana y de la historia de la salvación, y ofrece algunos extractos.

En la colaboración siguiente (“The Trinity and the Challenge of Islam”), el editor de la obra afronta el desafío lanzado por la religión musulmana al monoteísmo trinitario cristiano, puesto que éste es visto como la negación de la unidad divina, y así parece negarse explícitamente en el Corán el dogma de la Trinidad. George contextualiza esto en el probable conocimiento que el joven Mahoma habría tenido de la doctrina cristiana a través de corrientes heréticas triteístas. Explica las afirmaciones de la unicidad de Dios, el señorío de Cristo y el ser personal del Espíritu, y sobre esta base afronta dos cuestiones en diálogo: si el monoteísmo es suficiente (ya que se trata del mismo Dios pero se predicaban de él enunciados radicalmente distintos) y si Dios necesita un Hijo (puesto que el cristianismo constata en Jesús la revelación definitiva de Dios). Afirma que “la doctrina de la Trinidad no es periférica; es esencial para nuestra comprensión del carácter y naturaleza del único Dios verdadero” (p. 126), y nos habla de un Dios cuya esencia es la autodonación.

Ellen T. Charry dedica el capítulo octavo (“The Soteriological Importance of the Divine Perfections”) a examinar las nuevas propuestas teológicas que tienen una concepción más dinámica y menos esencialista de la Trinidad, y que se fijan en el hacer salvífico de Dios para llegar a conocer su ser. Hace un interesante estudio de este tema en sus implicaciones filosóficas y teológicas, desde los planteamientos patrísticos y escolásticos hasta las posturas de Harnack o Barth. La autora valora críticamente el cambio teológico actual, pues “la nueva ortodoxia trinitaria, en su deseo de extirpar elementos griegos residuales de la doctrina cristiana, puede privarnos de la capacidad de ser transformados por la bondad, sabiduría y belleza de Dios” (p. 147), ya que si nos limitamos a la mera actividad económica de la Trinidad podemos olvidar sus propias perfecciones, a imagen de las cuales tiene que transformarse el hombre.

El capítulo noveno (“Deep Wisdom”) es un sermón del teólogo reformado Cornelius Plantinga Jr. sobre la verdadera gloria desde algunos textos del cuarto evangelio: Jesús es glorificado en su entrega por amor; el Padre es así glorificado, y el Espíritu Santo da testimonio de esa gloria. En la cruz están el poder y la gloria divinos,

y en esta vida ofrecida por los otros está la sabiduría profunda que ha de aprender el hombre. Desde varios puntos de vista, el libro ofrece buenas razones para seguir hablando hoy del Dios trino, algo fundamental en la teología y en la vida cristiana. Es de destacar la aportación más eclesiológica de Dulles, que completa el planteamiento más evangélico del resto del libro, y la contemplación teológico-artística propuesta por Mathewes-Green.

Luis Santamaría del Río

MIKE KROPVELD – MARIE-ANDRÉE PELLAND, *The Cult Phenomenon. How Groups Function* (Québec: Info-Cult 2006) 169 pp. ISBN: 2-9808258-1-6

Michael Kropveld es el fundador y director general de Info-Secte/Info-Cult, organización canadiense antisectas, y Marie-Andrée Pelland se dedica al estudio de las sectas desde la criminología. Presentan este libro como un acercamiento general al fenómeno sectario desde los más de 25 años de experiencia en su organización. Se trata de la traducción del original francés publicado en 2003 “para informar al público sobre el funcionamiento interno y externo de los grupos” (p. 13), promoviendo un debate sobre este tema en la democracia y un pensamiento crítico ante las sectas.

El capítulo primero es una exposición de la historia de la institución a la que pertenecen los autores, desde su fundación en 1980 con el nombre de Cult Project, pasando por su transformación en 1990 en Info-Cult, y llegando a la actualidad. De estas diversas etapas detallan sus actividades, informes, y las diferentes visiones que han tenido sobre el fenómeno sectario, lo que da una interesante panorámica tanto de la evolución de esta cuestión social como de la reacción por parte del organismo antisectas más importante de Canadá, y que afirma ahora que “no todos los grupos identificados como sectas suponen un riesgo para sus miembros. Sin embargo, es importante reconocer que ciertos grupos pueden violar los derechos de sus miembros” (p. 25).

El capítulo segundo contiene una descripción de la Carta de Derechos Humanos y Libertades de Québec, adoptada por esta provincia canadiense en 1975, y de entre sus principios describe algo más el de libertad religiosa. Hay que observar que el libro está financiado por la Administración de este país, y por ello se explica este capítulo, además de que la Carta supone el marco en el que se inscribe la actividad de información, investigación y ayuda de Info-Cult. El capítulo tercero aborda el funcionamiento de los grupos, tanto el interno (normas, membresía, liderazgo, toma de decisiones, causas

de ingreso, relaciones interpersonales, etc.) como los efectos que la pertenencia puede tener en el sujeto, y el funcionamiento externo o relaciones intergrupales.

El capítulo cuarto quiere ser una aplicación práctica del anterior, viendo cómo se realizan estas características en tres movimientos concretos, cuya historia y funcionamiento ofrecen según las pautas del capítulo tercero. Los grupos estudiados son: la secta canadiense dirigida por Roch Thériault, de origen adventista, y actualmente encarcelado; la esotérica Orden del Templo Solar, que protagonizó varios episodios de asesinatos y suicidios colectivos entre 1994 y 1997; y la Puerta del Cielo, grupo ufológico cuyo desenlace fatal fue otro suceso semejante. Con estos casos pretenden demostrar que es necesario un buen conocimiento del funcionamiento grupal de las sectas para poder intervenir en ellas, no para lesionar derechos fundamentales, sino para protegerlos. Habría sido mejor, sin embargo, que incluyeran los autores algún ejemplo no tan extremo, para observar el funcionamiento ordinario de alguna secta más “corriente”.

El capítulo quinto presenta brevemente varias preguntas que son frecuentes en torno al fenómeno sectario, y las respuestas basadas en la investigación psicológica. En la conclusión, Kropveld y Pelland dejan claro el planteamiento utilizado: “no es suficiente sospechar que un grupo es ‘problemático’ o ‘peligroso’. Es necesario proporcionar la evidencia de que un grupo está envuelto en un comportamiento inmoral o infringiendo la ley antes de hacer cualquier acusación” (p. 102). Ni una referencia, por lo tanto, a lo doctrinal. Añaden varios apéndices de interés: el tema del control mental, la cuestión terminológica, los tipos de grupos, las fases del desarrollo grupal, el proceso de socialización, y uno más largo sobre las reacciones de los Estados frente a las sectas, con unas tablas que sintetizan lo principal de cada uno.

El enfoque de todo el libro es, pues, psicológico y sociológico. Como hemos podido observar, no hay referencias al fenómeno religioso como marco de comprensión, lo que supone una importante amputación para el acercamiento al fenómeno sectario. En cuanto a lo psicológico, constituye una buena síntesis, con un abundante aparato crítico, y se ve que es el fruto de años de conocimiento directo del tema y de investigación profunda, pero desde la óptica ya mencionada. Refleja el planteamiento general de la sensibilidad antisectas (anticult), que sólo tiene en cuenta el funcionamiento de los grupos que estudia, pero también muestra la evolución que en este movimiento antisectas se ha dado hacia una mayor seriedad en sus actuaciones, abriéndose al debate académico y a un conocimiento más directo e imparcial de las propias sectas.

Luis Santamaría del Río



WOUTER J. HANEGRAAFF (ed.), *Dictionary of Gnosis and Western Esotericism* (Leiden: Brill 2006) XXIX + 1228 pp. ISBN: 90-04-15231-8

Una síntesis de la vasta historia de lo gnóstico, lo oculto y lo esotérico en Occidente. Esto es lo que busca plasmar en sus más de 1200 páginas el equipo de 180 colaboradores que intervienen en esta obra, la inmensa mayoría pertenecientes a universidades europeas y norteamericanas, bajo la dirección de Wouter J. Hanegraaff, profesor de Historia de la Filosofía Hermética en la Universidad de Amsterdam, en colaboración con Antoine Faivre y Jean-Pierre Brach, que imparten materias afines en la Sorbona, y Roelof van den Broek, profesor de Historia del Cristianismo en la Universidad de Utrecht.

El diccionario abarca desde la Antigüedad hasta nuestros días, por lo que se comprende su gran extensión, ya que se quieren reunir las diversas corrientes gnósticas, herméticas, esotéricas... a lo largo de más de 2000 años de historia, marcada en su mayor parte por el cristianismo. En la introducción, el editor hace un repaso a la forma de estudiar este campo tan complicado, y señala la pretensión de neutralidad en un terreno que siempre ha sido mirado problemáticamente o, al menos, con sospecha, desde las religiones como instituciones, la ciencia, la filosofía o la investigación académica. Según afirma Hanegraaff, la idea surgió en 1996, y el trabajo ha llevado una década hasta poder ver la luz en su forma impresa definitiva.

Para hacernos una idea del contenido (alrededor de 350 artículos) podemos clasificarlo, a grandes trazos, de la siguiente manera. Por un lado, se presentan los grandes temas y corrientes del esoterismo y la gnosis, algunos de ellos subdivididos en varias colaboraciones: alquimia, astrología, esoterismo, gnosticismo, hermetismo, cabalismo, magia, Nueva Era, ocultismo, rosacruzismo, satanismo, espiritismo, teosofía, brujería, etc., además de algunos otros grandes temas en relación con todo esto: música, iluminismo, influencias judías, orientalismo, romanticismo, etc.

En segundo lugar, las personas, que ocupan la mayoría de los artículos de este diccionario. Encontramos, por supuesto, a los más importantes representantes de lo oculto, y a otras muchas figuras históricas que tienen que ver con esoterismo y gnosticismo. Filósofos y padres de la Iglesia, poetas y artistas, ocultistas y personajes legendarios, alquimistas y magos. Es de destacar la presencia del mallorquín Raimundo Lulio, cuya vida y obra son expuestas por Anthony Bonner, de Palma de Mallorca. En tercer lugar, aparecen algunos términos relativos a elementos más concretos de las diversas corrientes esotéricas y que, curiosamente, son comunes a muchas de ellas, como el secreto, la creencia en seres intermedios, o en la reencarnación.

Todas las entradas del diccionario incluyen un buen repertorio de fuentes y material bibliográfico secundario, lo que permite ampliar la información sobre cada tema, grupo o personaje tratado. Los editores han logrado una obra que, tal como pretende, abarca desde la Antigüedad hasta hoy, en todos sus aspectos. Así, podemos encontrarnos tanto al personaje de Moisés, Simón el Mago o Marción, como al poeta contemporáneo Fernando Pessoa, pasando por multitud de personas de todas las épocas relacionadas con lo oculto. También la descripción de corrientes y grupos está muy actualizada, incluyendo las referencias a los datos con que contamos ahora de las diversas sectas, como, por ejemplo, la descripción que hace de la Iglesia de la Cienciología, el satanismo actual, los movimientos de corte extraterrestres, etc.

El libro merece un juicio general altamente positivo, porque constituye una obra de referencia fundamental para el acercamiento al complejo mundo del esoterismo y de la gnosis a través de la historia occidental, y sirve como guía para no perdernos en la situación actual del “paradigma esotérico”, muy difundido hoy y que incluye o es incluido en grandes movimientos culturales y espirituales como la Nueva Era y el neopaganismo. Al ser el elemento oculto un ingrediente fundamental en las nuevas religiosidades, que proliferan en la época contemporánea – y que no han nacido de la nada, sino que hunden sus raíces en una larga tradición esotérica presente en Occidente –, con esta obra de carácter enciclopédico puede conseguirse una amplia visión panorámica, muy documentada, de estos fenómenos. A esto ayudan el índice final de grupos y organizaciones y, sobre todo, el amplio índice onomástico.

Luis Santamaría del Río

TERESA OSÓRIO GONÇALVES, *In attesa di una “Nuova Era”. I percorsi alternativi della religiosità* (Roma: Città Nuova 2007) 142 pp. ISBN: 978-88-311-7497-8

Este libro presenta una recopilación de artículos de Teresa Osório Gonçalves, doctora en Teología, y anterior responsable del área de sectas y nuevos movimientos religiosos del Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso. El prefacio de la obra, firmado por el anterior presidente de este dicasterio vaticano, y actual nuncio apostólico en Egipto, Michael L. Fitzgerald, indica que “desde hace más de veinte años la Santa Sede sigue esta problemática a través de varios de sus organismos: el Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, el Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, el Consejo Pontificio de la Cultura y la Congregación

para la Evangelización de los Pueblos. Para consolidar la colaboración interdicasterial en este campo se formó un grupo de trabajo del cual ha sido coordinadora la autora de este libro de 1998 a 2004” (pp. 5-6). Ésta es la mejor presentación de Osorio y la contextualización más apropiada de los escritos aquí reunidos.

En la introducción, la autora hace algunas precisiones al material del libro, enmarcándolo en el trabajo desarrollado en los dicasterios romanos antes señalados en torno al fenómeno de la nueva religiosidad, y que se materializó en sendos documentos sobre las sectas (1986) y la Nueva Era (2003). Los diversos textos que ha recogido aquí son fruto de su reflexión y tarea, de la asistencia a congresos y encuentros representando a la Santa Sede, de su diálogo con personas y grupos, etc. Divide la obra en cuatro partes: una reflexión general sobre el fenómeno sectario y cómo lo aborda la Iglesia, la situación en los diversos continentes, la Nueva Era en concreto, y un contenido más destinado para el público joven.

La primera parte comienza con una panorámica general de “las nuevas formas de religiosidad” como fenómeno mundial, y señala la diversidad geográfica, la dificultad terminológica y las cuestiones sociales, jurídicas y culturales que suscitan. El capítulo siguiente aborda cómo se ha tratado este tema por parte de la Iglesia católica, desde el marco del Concilio Vaticano II, y en concreto con el documento interdicasterial de 1986 (*El fenómeno de las sectas o nuevos movimientos religiosos: desafío pastoral*) y el Consistorio extraordinario de 1991, además de otras intervenciones papales y documentos más particulares. Por último, otro capítulo está dedicado a la repercusión del documento de 1986, sobre todo en las Iglesias particulares, de las que se citan algunos ejemplos de cartas pastorales. La segunda parte del libro hace un repaso geográfico, comenzando por Europa, continuando con África y terminando con un repaso general de América Latina y otra vez en África.

En la tercera parte Osório Gonçalves se acerca al fenómeno de la Nueva Era, “una corriente cultural, radicada en el esoterismo occidental del siglo XIX y vulgarizada en la segunda mitad del XX, que se presenta bajo la enseña del mito astrológico de Acuario” (p. 77). En un primer capítulo hace una buena síntesis de los elementos principales de la Nueva Era y las principales diferencias con respecto a la fe cristiana. En el segundo comenta el documento vaticano sobre este tema de 2003 (*Jesucristo, portador del agua de la vida. Una reflexión pastoral sobre la “Nueva Era”*), y en el tercero las aportaciones de representantes de diversos países en el trabajo previo a la publicación del documento. El cuarto capítulo, muy interesante, le sirve para tratar críticamente el ambiente de tipo Nueva Era que se da en algunas plataformas de diálogo interreligioso y su búsqueda de una espiritualidad global.

La cuarta parte del libro, titulada “Hablando con los jóvenes”, contiene cuatro charlas más informales mantenidas con jóvenes. Aborda la religiosidad actual y el fenómeno sectario en la primera, la Nueva Era en la segunda, lo mágico y esotérico en la tercera, y la identidad cristiana en la cuarta. El libro, breve y documentado, es muy interesante por el puesto privilegiado que ha tenido la autora durante sus años de trabajo sobre estos temas en el Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, y puede ser de gran ayuda para entender los documentos oficiales que se han publicado sobre la nueva religiosidad, y la postura de la Iglesia católica ante la cuestión.

Luis Santamaría del Río

GAVIN D’COSTA, *La Trinidad y el diálogo interreligioso* (Salamanca: Secretariado Trinitario 2006) 240 pp. ISBN: 84-96488-12-8

En el panorama actual de la teología cristiana de las religiones destaca, entre otros autores, Gavin D’Costa, nacido en Kenia y actualmente profesor en la Universidad de Bristol. En su trayectoria intelectual el lugar principal lo ha ocupado esta disciplina, sobre la que ha publicado bastantes artículos y colaboraciones. Además, se dio a conocer con dos tempranos libros: *Theology and religious pluralism*, donde mostraba el triple modelo exclusivista-inclusivista-pluralista, y *John Hick’s theology of religions*, su tesis doctoral sobre la propuesta pluralista radical de Hick. Publicados en 1986 y 1987, en ellos defendía con vehemencia el paradigma inclusivista, siguiendo en parte a Rahner. Sin embargo, desde entonces su pensamiento ha evolucionado, hasta dar lugar a esta importante monografía que ahora presento, publicada en 2000 y que ha visto la luz en una traducción de Aurelio Gil de la Casa para el Secretariado Trinitario.

En la introducción resume el propósito de cada una de las partes del libro y adelanta algunas de sus afirmaciones, bastante novedosas. Además, explica algunos datos que hay que tener en cuenta para entender su estudio, y que son los análisis de MacIntyre y Milbank sobre la Ilustración, base cultural sobre la que se ha construido la teología pluralista de las religiones. Concibe la obra “como un tipo de debate dialéctico contra el pluralismo para elogiar mi propia forma de trinitarianismo católico” (p. 16), e interpreta el estado actual de la cuestión desde la herencia de la modernidad, situándose críticamente en la línea de la *Radical Orthodoxy* de Milbank, pero con algunos matices. Aclara que escribe con una clara óptica confesional católica, aunque se centra “en una forma trinitaria de cristianismo más que en una forma predominantemente filosófica de tomismo” (pp. 28-29), convencido de que toda posición se arraiga en una tra-

dición específica, y en su caso es eclesial, ya que “la doctrina de la Trinidad es una doctrina que forma comunidad” (p. 29).

D’Costa dedica la primera parte del libro a hacer una crítica sistemática del paradigma pluralista de la teología de las religiones. El primer capítulo le sirve para hacerlo con John Hick y Paul Knitter, los dos autores más destacados, uno más en el campo de la filosofía y otro con una orientación ética. También explica que el inclusivismo, postura que hasta ahora había defendido D’Costa, se convierte en último término en exclusivismo. Su consideración de los teólogos pluralistas es más dura que en escritos anteriores, y dice de ellos que “se presentan a sí mismos simplemente como honestos agentes al servicio de las partes en disputa, mientras que ocultan el hecho de que ellos representan otra parte que invita a los litigantes a dejar sus propias posturas y unirse a la pluralista: entonces, por supuesto, se alcanzará la armonía interreligiosa” (p. 34). El Dios trinitario no cabe en sus propuestas, y además caen en el exclusivismo, un exclusivismo ilustrado, como intenta demostrar en el estudio de estos dos autores “cristianos” y, en un apartado posterior, abordando a un teólogo judío: Dan Cohn-Sherbok. Al sistema de Hick lo llama “intolerancia liberal”, y de Knitter señala su primacía eco-ética-liberacionista. Afirma que “para cualquier teología viable de las religiones, en contraste con el proyecto de Knitter, una cristología, pneumatología y eclesiología constitutiva deberá estar muy desarrollada” (p. 60). El corazón del problema es que “para el proyecto de la Ilustración es central una ruptura epistemológica y ontológica fundamental que niega la posibilidad de la auto-revelación de Dios en el particular histórico” (p. 61). En cuanto a Cohn-Sherbok, acaba cayendo en un total relativismo que hace a lo Real inaccesible, pero que es igualmente exclusivista. Añade al final del capítulo un comentario a las respuestas que el propio Hick le ha dado a su cuestionamiento. D’Costa termina defendiendo su propia posición: frente al pluralismo, “un enfoque trinitario logra, en realidad, las metas pluralistas tomándose muy en serio las diferencias y la alteridad. El exclusivismo trinitario puede reconocer la acción de Dios en otras tradiciones, sin domesticar ni borrar su alteridad, de modo que puedan darse el diálogo real y el compromiso” (p. 75).

Si el análisis de un autor judío constituía una cierta novedad en el panorama de la teología de las religiones, en los capítulos segundo y tercero amplía la perspectiva al estudiar a autores no monoteístas. En concreto, dedica el segundo capítulo al planteamiento del filósofo hindú S. Radhakrishnan, encuadrado en el neo-hinduismo, y que pretende tener un enfoque tolerante, afirmando no tener posición, cuando la verdad es que su postura tiene una tradición específica, ya que “al fin opta por una epistemología y una metafísica hindú advaita, y no por el agnosticismo o el unitarismo de la modernidad” (p. 85). Al final es otra forma de exclusivismo, pero de base religiosa

y no ilustrada. El protagonista del tercer capítulo es el actual Dalai Lama, y para entenderlo, el autor introduce el budismo y la escuela concreta de Tenzin Gyatso. Éste parece representar otra postura pluralista “abierta y tolerante”. Sin embargo prioriza la praxis, la búsqueda de la compasión y la doctrina del vacío, y al final desemboca en un riguroso exclusivismo, en la forma del budismo tibetano que él profesa, el “dGe lugs”. Por ello “el Dalai Lama no tiene nada que aprender de otras religiones y de la diferencia y la alteridad” (p. 118). Al terminar este capítulo, D’Costa hace una recapitulación que permita dar el paso a la segunda parte del libro, y afirma que el pluralismo no existe, porque siempre encubre un exclusivismo con una tradición específica; que el ilustrado es el peor, porque privilegia la modernidad sobre las religiones; que el inclusivismo no queda mejor parado, porque también es exclusivista (y se refiere a Rahner concretamente); y que él propone una alternativa retórica: su propuesta logra las metas pretendidas por los pluralistas (tolerancia, apertura e igualdad). Para ello se deshace de la triple tipología, porque cree “que toda posición es exclusivista y que los términos pluralismo e inclusivismo lo enmascaran” (p. 129).

La segunda parte del libro consta de dos capítulos: uno para plantear la tesis trinitaria y otro para aplicarla a la oración interreligiosa. El capítulo cuarto contiene la parte retórica de la propuesta de D’Costa, que comienza con un estudio de cómo aparece en el Magisterio la respuesta a la cuestión “¿las religiones no cristianas son *per se* vehículos de salvación?” (p. 133). Analizando los documentos (concilio, *Redemptoris Missio* y otros), concluye con una respuesta negativa a pesar del silencio de *Nostra Aetate* (si bien no se pone en duda la salvación de los no cristianos, no se responde a la pregunta, y las interpretaciones de los autores varían según su posición en la tensión naturaleza-gracia): “esta respuesta aparentemente negativa permite una apertura radical a las otras religiones, afirma la acción salvadora de Dios en las otras religiones y significa que las otras religiones son infinitamente interesantes y complejas” (p. 134). Además, para el autor “los documentos conciliares y postconciliares no aprueban el pluralismo y el inclusivismo” (p. 146). En un segundo momento, analiza la pneumatología que aparece en los textos del Vaticano II y en la encíclica ya señalada de Juan Pablo II, indicando que “si la Iglesia no está atenta a la posibilidad del Espíritu en otras religiones, no conseguirá estar atenta a la Palabra de Dios que le ha sido confiada” (p. 154), pero esta presencia hay que discernirla *a posteriori*. El estudio de la pneumatología joánica constituye el tercer apartado del capítulo, donde de los discursos de despedida de Jesús se desprende una orientación eclesiológica de una cristología y pneumatología profundamente vinculadas, y por ello “si la presencia del Espíritu se predica en otras religiones (o en cualquier lugar) no denota una nueva revelación sino, más bien, indica el poder de Dios

actuando para revelar más profundamente y representar la realidad de su presencia en su nueva creación inaugurada en la resurrección de Jesús” (p. 166).

A continuación D’Costa plantea sus tesis principales que responden a la cuestión: “¿qué significa para la Iglesia decir que el Espíritu está presente fuera de ella y dentro de las religiones del mundo?” (p. 173). Éste es el núcleo del libro, lo central de su propuesta. En resumen: la presencia del Espíritu es siempre relativa a la Iglesia, y por ello hay que discernir su presencia externa; no son posibles “otras revelaciones” alternativas a la de Jesús, que es donde Dios se ha revelado de forma trinitaria; una realidad concreta donde se muestra la acción del Espíritu Santo es la existencia de hombres “santos” en las otras religiones; el mundo puede ser cuestionado porque tiene elementos de verdad, debidos al Espíritu, y que han de incorporarse a la Iglesia; la presencia del Espíritu Santo en las otras religiones supone un juicio para la Iglesia, que puede descubrir su pecado, y es fuente de promesa y alegría para ella; el lenguaje humano sobre el Espíritu generado por el encuentro con los no cristianos ha de tener en cuenta sus implicaciones trinitarias y eclesiológicas; es necesaria la profundización cristiana en esta presencia del Espíritu Santo, sobre la base de la pneumatología joánica, y que tiene un importante aspecto práctico de ver intrínsecamente relacionadas la misión, el diálogo y la inculturación. La Iglesia ha recibido, tras la resurrección y el envío del Espíritu Santo, el encargo inexcusable del testimonio evangélico, y por ello no puede haber diálogo interreligioso sin misión. Seguidamente, D’Costa señala las ventajas de este planteamiento, que responde mejor a las expectativas pluralistas, aunque cambiando –según *Dignitatis Humanae*– la apertura en un tomar en serio la historia, la tolerancia en derechos religiosos cívicos negativos, y la igualdad en términos de dignidad humana.

El capítulo quinto, que finaliza la obra, presenta la aplicación de esta teología de las religiones a la cuestión concreta de la oración interreligiosa. D’Costa se pregunta si es posible, si no puede traer consigo la idolatría al dirigir el corazón del creyente a otras deidades diferentes del Dios trino revelado en Jesucristo, y emplea una analogía nupcial: ¿es riesgo amoroso o infidelidad conyugal?, inclinándose por lo primero, con muchas cautelas. Antes de su largo análisis, basado en parte en el Catecismo (por lo que aborda la oración en las dimensiones de don, alianza y comunión), ya responde que “es posible plantear que las oraciones de los otros pudieran reconfigurarse en el acto de oración compartida, de modo que el cristiano pudiera descubrir más plenamente el misterio del Dios trino y también compartir con el otro el ‘don’ que la oración siempre es: una invitación a la comunión con el Dios trino” (p. 190). Y este riesgo merece la pena asumirlo. Termina el libro con las siguientes palabras, que resumen bien su propósito y su alcance: “no somos como Dios y no podemos

conocer el significado prudencial de la diversidad religiosa, si es que tal significado existe, pero sí sabemos que la Trinidad de Dios llama a los cristianos a buscar, a servir y a adorar a este Dios en modos a veces impredecibles” (p. 224).

El libro es un acercamiento magnífico a la teología de las religiones, de la que Gavin D’Costa se nos muestra como uno de los principales autores de este momento. Ha llegado, después de una evolución teológica constante, a plantear esta tesis en medio de un campo donde abundan planteamientos que pecan por exceso o por defecto en su consideración del pluralismo religioso, cayendo en el pluralismo o en el exclusivismo. D’Costa, manteniendo una clara identidad confesional que no le resta nada a la dogmática cristiana, ha logrado una posición equilibrada que hace posible la apertura a las otras religiones, al no forzarlas con apriorismos y al dejar un espacio abierto al discernimiento concreto de si el Espíritu Santo, que es inseparable del Verbo pero no identificable con él, está presente en ellas. A pesar de una traducción que en ocasiones se hace difícil de leer (también debido al estilo del autor) y de las erratas que se pueden hallar, lo más importante es felicitar al Secretariado Trinitario por habérselo ofrecido en nuestro idioma, porque se trata de una obra fundamental en el panorama teológico presente.

Luis Santamaría del Río